

Música inmanente



Kenshinkan dôjô

En la prehistoria, los hombres utilizaron palmas, danzas y gestos para establecer un ritmo único en el seno de la comunidad, reuniendo voluntades y estrechando lazos de comunicación entre los miembros de un mismo clan. En aquel tiempo, la música –como la danza– era parte de la magia, que más tarde se transformaría en religión.

Aquellos primeros ritmos asociarían intereses y anhelos, unificarían respiración y movimiento e incentivarían a nuestros ancestros a la participación comunitaria en las diferentes actividades que acometían: contienda, guerra, rituales, caza, recolección, etcétera. Aún en nuestros días, la música continúa teniendo ese poder ancestral de reunión, siendo tal vez junto a la danza, el único arte capaz de conmover a la juventud y aglutinar sus voluntades en una sola dirección.

Yo recordaba una anécdota entre Narciso Yepes y Bacarisse, quien decía trabajar únicamente con aquellos instrumentos que consideraba apropiados para sus composiciones musicales, excluyendo de ese grupo selecto a la guitarra. Ante la postura en un principio inamovible del músico madrileño, el maestro murciano le espetó: “*Eso es que usted no me ha escuchado tocar a mí*”.

Pasados unos días, Salvador de Bacarisse recibió una misiva de su amigo invitándole un concierto donde él sería el solista invitado. Bacarisse asistió, escuchó y, sin decir nada, se retiró. Transcurridos unos meses, Yepes recibiría el *Concertino para guitarra* firmado por el compositor español.

Durante años he estado escuchando esa pieza musical dentro del *dôjô*. Muchas mañanas, mientras se desarrollaba el *keikô* de Katori Shintô ryû, la música de Bacarisse circulaba libre por la atmósfera de nuestra escuela y sus notas despertaban momentos únicos entre nosotros. Mientras sonaban de fondo esos acordes tan significativos, sentía que la música daba alas a nuestros corazones y nuestro Bujutsu se expandía hacia latitudes de belleza difícilmente alcanzables.

Hace muchos años, cuando Sugawara *sensei* venía a visitarnos en el mes de mayo y pasaba dos o tres semanas en mi propia casa, me levantaba a primera hora, preparaba su desayuno y disponía dos vinilos en mi viejo tocadiscos. Uno de ellos contenía una pieza también singular: la *Suite número 3 de Ancient Airs and Dances -Danzas y Aires Antiguos-* compuesta por el maestro italiano Ottorino Respighi en 1932. Después de escucharla, seleccionaba a Bacarisse, y de entre todos sus trabajos escogía aquel *Concertino para guitarra* interpretado por Narciso Yepes. Ni que decir tiene que a mi maestro le emocionaba esta pieza musical, tanto fue así que, en una ocasión, mientras viajábamos en coche desde Tokyo a Iwate, la seleccionó él mismo en su Mp4. El *Concertino* de Yepes acabó convirtiéndose en una de sus piezas favoritas.

En su libro *El Mediterráneo y los bárbaros del norte* el escritor Luis Racionero hace mención a la relación que los viejos taoístas chinos sostenían con la música. Racionero nos explica que cuando el pueblo vivía serenamente,

alejado de contiendas, satisfecho y en paz, la música alcanzaba las mayores cotas de madurez, pues el ejercicio de ese arte sublime es producto del equilibrio y éste es resultante de una vida estable y en comunión con el universo. Por el contrario –continuaba– cuando la vida de los ciudadanos entraba en decadencia su música se degradaba de inmediato, mostrándose estridente, tempestuosa y, finalmente, triste y nociva. Me parece un estudio muy oportuno para hacernos reflexionar en relación a las derivas que ahora aparecen en el contexto del Budô.

También el gran Herman Hesse en *El juego de los abalorios* hace mención a la música. El escritor y Premio Nobel establece paralelismos entre unas y otras ciencias relacionando la música con las matemáticas y la filosofía, reuniendo estas y otras facetas de la cultura en un *Todo*, alejando a los alumnos de *Castalia* –un reino imaginario situado en el corazón de Europa donde se reunían estudiantes de excepción con la sola finalidad de actuar con éxito en la renovación de una humanidad ya entonces decadente– de una concepción independiente de aquellas.

En otra obra, titulada *Equilibrio cuerpo y mente*, el investigador, profesor de bioquímica y artista marcial, José Luis Paniagua, defiende la música como instrumento de apoyo en la práctica de las Artes Marciales. A su modo de ver, según qué facetas del Budô acometamos, así habremos de sintonizar una u otra forma musical. De este modo, la percusión estará asociada a la liberación de la agresividad; la música de *sakuhachi*, o *zen*, de ritmo poco marcado, iría unida al trabajo del *kata*; los ejercicios complementarios se corresponderían con las melodías o con la música clásica; el combate de karate –*kumite*– se relacionaría con la música de ritmo vivo, incluso con las tonalidades fuertes. Todo, pues, interconectándose, reuniéndose, relacionándose a través del ejercicio de la música.

Guardo entre mis mejores recuerdos una práctica de aikidô bajo la nave central de una iglesia gótica de arcos apuntados, bóveda de crucería, enormes pilares verticales y vidrieras policromadas. Allí, un grupo de *budokas* desarrollábamos nuestro Arte Marcial con el concierto de flauta de Mózart acompañando de fondo. El maestro que conducía el *keikô* utilizaba la música para desarrollar la práctica libre motivándonos a la creatividad. Aquello era un espectáculo de sincronía, estética y ritmo, absolutamente impresionante. Más tarde, otro *sensei* tomó el relevo y, utilizando el *sakuhachi*, dirigió al grupo. En aquel momento el silencio, roto sólo por el crepitar de las *hakamas* o el contacto seco de los *bokutos*– se hizo aún más evidente, profundo y quedo. La música subía y bajaba de tono, sostenía los tempos o aceleraba el ritmo mientras todos ejecutábamos nuestras técnicas ajustando los movimientos al compás que marcaba la flauta. Aquel fue un momento cercano, casi, casi, a la mística.

Una vez más la música, como auténtico *shimenawa*, se convertía en hilo conductor, en detonante capaz de provocar eso inmanente y sincrético que surge, impredecible, entre un artista y su Arte Marcial.